



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



IV – La cabalgada de los Hijos de Isma'il

14 – El bonete bendito

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2019
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El Archivo de la Frontera es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**,
bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

14 - El bonete bendito

Y el narrador siguió contando su historia...



Y cuando el capitán Jamr hubo pedido ayuda al Altísimo, escuchó una voz que le susurraba al oído: “Sé valiente, capitán Jamr, pues el valor viene de Dios, el muy Santo, y ponte el bonete de hojas de palma que, con el permiso de Dios, te volverá invisible a los ojos de los infieles”. Entonces, Jamr sacó el bonete bendito de su bolsa y se cubrió la cabeza con él, pronunciando el nombre del Misericordioso, y en ese mismo momento oyó decir a los patricios:

- ¡Eh, *ghandars*! ¿adónde se ha metido ese rufián? ¡Si estaba ahí hace un instante!
- Ha debido escaparse –respondieron unos.
- No –replicaron otros–; seguro que se ha muerto.

Y se pusieron a buscarle por todas partes, mientras algunos de ellos se iban a avisar al *babb* Abd El-Salib.

- ¡Está bien, *ghandars*! ¡pero que nadie me vuelva a mencionar nada de nada de todo esto! –les contestó el *babb*– Si ha huido, mejor que mejor, ¡que se vaya al diablo! ¡y que Cristo, nuestro Señor, no le permita volver nunca más! ¡Por el honor de mi religión, si los antepasados de Yauán no me hubieran bendecido, a estas horas yo estaría muerto y bien muerto! Ese mal *bicho* me habría mandado rápidamente al otro mundo. ¡Dios bendito! ¡Si todos los guerreros de los musulmanes son de la misma catadura, lo vamos a tener muy, pero que muy feo! ¡En menudo lío nos ha metido el preste Yauán, incitándonos a que les atacáramos!

Después, se marcharon para hacer un balance de sus pérdidas: contaron hasta ciento cincuenta muertos y un mayor número aún de heridos.

En cuanto a Jamr, todavía invisible gracias a su bonete, salió del palacio y entró en la posada, sin que nadie se diera cuenta. Pero, todo hay que decirlo, ese día no había probado bocado; ¡y, claro! por culpa de todo ese terrible combate andaba en ayunas. Era el momento de la puesta del sol, y Jamr se moría de hambre: sólo le quedaba encontrar con qué saciarla; así que, sin hacer ruido, se deslizó dentro de la habitación del posadero. Por supuesto, éste no le vio.

Pero hete aquí que el posadero acababa de prepararse un succulento plato de arroz pilaf, y como venía aún caliente de la cocina, dejó la marmita sobre la chimenea de su cuarto para que no se enfriase el guiso, y salió de la habitación para buscar un poco de leche cuajada con que prepararse un pequeño tentempié, por aquello de abrir un poco el apetito.

Y el narrador siguió de esta manera...

Pero el capitán Jamr, tal y como hemos dicho, no había vuelto a comer nada desde el día anterior, y se moría de hambre; lo cual era lógico, pues se había pasado el día entero batiéndose, y eso, le había abierto el apetito. De modo que cuando el posadero salió de su habitación, dejándole a Jamr frente a frente con la marmita rebosante de arroz, se puso contento como unas castañuelas por su buena suerte; así que retiró la marmita de la chimenea, levantó la tapa y, al no encontrar una cuchara por allí, se puso a comer el arroz a dos manos, y, justo el tiempo que el posadero empleó en preparar su aperitivo, fue el que tardó Jamr en rebañar completamente la marmita –sólo Dios es eterno–; así que la volvió a tapar y a colocar en su sitio, sobre la chimenea. Hecho esto, se fijó en que cerca de la ventana había una botija llena de agua; la agarró por las dos asas y bebió a tragos largos; después alabó a Aquel que hace germinar el grano y crecer las plantas.

Se sentó entonces en un rincón de la habitación, curioso por ver la cara que se le iba a quedar al posadero. Este último no tardó en regresar, entró, puso un mantel en la mesa, trajo el pan para la ensalada que acababa de preparar, un plato y un cazo; retiró la marmita del fuego, levantó la tapadera... y no encontró nada. Completamente pasmado, se puso a rebuscar por todas partes, por arriba, por debajo, a izquierda y derecha; parecía un loco. Al mismo tiempo echaba pestes contra el demonio, diciendo:

- ¡Oh, *marjô jôd rôjô*¹, el *diabro*² se ha comido mi *rizo*³!

Pero justo en ese momento, entró un gato negro en la habitación, y se puso a rebañar la marmita. El posadero, creyendo que el gato era el culpable, lo atrapó por la piel del cuello y le abrió el vientre de una cuchillada; luego, se fue a comer su aperitivo, rezongando para sus adentros.

En cuanto al capitán Jamr (que la misericordia de Dios sea sobre su persona) entró en su cuarto, encerrándose en él. Como allí había agua, hizo sus abluciones, rezó una breve plegaria, pronunció las invocaciones, y luego, envolviéndose en su manto, se apoyó en el muro y durmió de un tirón hasta la mañana siguiente. Cuando se despertó, hizo las abluciones, la oración del alba, y terminó con las invocaciones sobre el que está libre de todo pecado –me refiero al profeta Muhammad, que la plegaria y la paz de Dios sean sobre Él–. Hecho esto, se armó de nuevo para la batalla; cubrió la cabeza con el bonete bendito, y se dirigió hacia el palacio real.

Y justo ese día, el *babb Abd El-Salîb* había reunido a su Consejo, y cuando estuvieron todos juntos, se volvió hacia los grandes de su reino:

¹ Al parecer se trata de una especie de jaculatoria o invocación en siríaco “macarrónico”, o más bien en árabe deformado para imitar la pronunciación siriaca, que querría decir algo así como “¡Oh, Señor, toma mi (o su) alma!”.

² Sic. En lingua franca: “diablo”.

³ Sic. “arroz”.

- Y bien, *ghandars* –les dijo–. ¿Qué habrá sido de ese *bicho* facinero? [refiriéndose al capitán Jamr]

- Oh, *babb*, lo único que sabemos es que desapareció hacia el final del día, y que mientras estábamos luchando contra él ¡se disolvió como un grano de sal en el agua!

- Por mi religión, *ghandars*, ¡en qué mala situación nos dejó ayer! Todavía andaba yo aterrado al ir a acostarme, y he tenido unas pesadillas espantosas. En fin, ¡gracias sean dadas a Cristo nuestro Señor, que nos ha librado de él!

Mientras tanto, el capitán Jamr, que permanecía invisible, se encontraba a la puerta del salón del Consejo, y no se le escapó ni una palabra de lo que andaban comentando. De modo que, una vez que el rey hubo pronunciado aquello, se quitó el bonete y lanzó un grito tal, que bien podría haber arrancado los árboles de raíz, como el trueno de marzo:

- ¡Que la disgracia caiga sobre ti, Abd El-Salib! ¡Por el honor de Dios, que no partiré de aquí sin haber librado a los cautivos y hundir a Yânis a sobre tu cabeza, maldito cristiano!

- ¡Dios del cielo! –gritó el rey–. ¡Oh, *marjô jôd rôjô!* ¡aún estás aquí, *bicho*! Por mi religión, te juro que voy a mandar a mis hombres que te tomen preso y, en lugar de liberar a los cautivos, vas a ir a hacerles compañía, cargado de cadenas que te van a roer poco a poco la piel. ¡Venga, sé razonable, lárgate y déjanos tranquilos!

- ¡Por Dios, *babb*, que tienes razón, y voy a hacer lo que dices! ¡Pues sí! ¡Se me ha ilinado el cuajo antes que el ojo¹! He vinido yo solo del país de los musulmanes, sin ningún compañero, y ayer, cuando me escapé de tu palacio, no tenía ningún sitio adonde ir a dormir. ¿Para qué luchar sabiendo que de antimano estás vincido? Solo te pido que hagas traer una cadena; me la pondré alrededor de las piernas, y de ese modo tendré una buena excusa ante el rey de los musulmanes: le diré que me hicieron prisionero mientras me batía. Dispués de todo, la cautividad es preferible a la muerte. Y cuando tu señoría tinga a bien liberar a los prisioneros, tú mi soltarás al mismo tiempo que a ellos. Dime, *babb*, ¿qué ti parece?

- Por mi religión, *bicho*, con esas condiciones te garantizo la vida, pues el combate se ha de detener cuando el adversario baja las armas.

Así que el *babb* Abd El-Salib dio orden a sus hombres de que trajeran las cadenas y los grilletes.

- Vamos, *bicho*, encadénate. A fe mía, que al fin has entrado en razón.

El capitán Jamr cogió la cadena, y la examinó durante un rato.

- Oh, *babb* –le dijo finalmente–, éstas no mi sirven, son demasiado piqueñas.

- ¡No, *ghandar*! Tú vas a ponértelas en las piernas de una vez.

¹ Aquí quiere decir que “ha sobrevalorado sus capacidades”.

- Está bien, como quieras.

Y, Jamr, tensando sus músculos, exclamó: “¡Oh Todopoderoso! ¡Oh fuente de toda fuerza!”, y la cadena literalmente se hizo pedazos en sus dedos, eslabón a eslabón.

- Pero ¡qué es esto, *babb!* ¡tus cadenas se las han comido los gusanos, no sirven para nada! Si tienes otras más fuertes, tráemelas.

- ¡*Basta, bicho!* Por mi religión, ni un cable de navío podría aguantar tu fuerza.

- Ah, ¿sí? ¡Pues toma, ahí te va eso, maldito cornudo! –tronó Jamr, sacando de la funda su *shâkriyyeh* Diente de Víbora– ¡Atrás, perros!

Y diciendo esto, se arrojó sobre el *babb* Abd El-Salib, lanzándole un terrible golpe, que éste esquivó por un pelo, y fue uno de sus barones, el que estaba sentado a su lado, el que recibió el tajo, que le mandó al otro mundo. Ante esta situación, el *babb* y sus consejeros, huyeron en desbandada, y corrieron a avisar a los patricios:

- ¡Sus, *ghandars!* ¡Atrapadme a ese demonio antes de que acabe con todos nosotros!

Un enorme tumulto se dejó sentir en el patio de armas del palacio. De todos lados aparecían patricios que se abalanzaban contra el capitán Jamr, espada en alto. Y comenzó la batalla. El furor de la lucha se apoderó de Jamr, que se arrojó sobre sus enemigos sin preocuparse de cuántos eran; los gritos que se elevaban por todas partes enardecían aún más su coraje, distribuyendo entre los patricios unos espadazos más terribles que el rayo, a la par que rugía:

- ¡Dios es grande! ¡Muerte a los tiranos y a los soberbios! ¡Muerte a los que conocen la verdad y la rechazan! ¡Yo doy mi vida por ti, oh, Muhammad! ¡Por ti, cuyo rostro resplandece de luz! ¡Por la protección de Abu Baker y de Omar!

Y el narrador prosiguió con su historia de este modo...

Lanzando tremendos gritos que aterrorizaban a sus enemigos, reventando cráneos, y quebrando huesos, el capitán Jamr siguió batiéndose así hasta la puesta del sol, que anunciaba ya la llegada de la noche. Entonces, acorralado por una lluvia de golpes que le acosaban por todas partes, lanzó un potente grito:

- ¡Atrás, perros infieles! –Y aún con más fuerza, embistió a estocadas sin ceder un ápice de terreno, y organizando una auténtica carnicería.

¡Que Dios le recompense por las hazañas que llevó a cabo ese día y los humillantes reveses que infligió a los infieles!

Y más tarde, cuando el sol desapareció y salió la luna, su mirada comenzó a enturbiarse y sintió que una gran fatiga se apoderaba de él. Entonces, acordándose del bonete bendito, se lo puso de nuevo, y desapareció ante los ojos de sus enemigos.

Pero hete aquí que el *babb Abd El-Salib*, que había presenciado todo el combate, se dio cuenta de la estratagema de Jamr, y ordenó a sus patricios inmediatamente que cerraran las puertas, por temor a que escapase igual que había hecho la noche anterior. Más rápidos que los demonios, aquellos malditos se dispersaron por todo el palacio y en un santiamén todas las puertas estaban cerradas con llave, y al capitán Jamr ya no le quedó la menor posibilidad de escape.

Entonces, Jamr elevando sus ojos al Cielo, a Aquel para el que no existen secretos, y cuyo socorro supera todas las pruebas, se dirigió hacia la puerta del palacio, esperando encontrar una salida. Pero todas las puertas estaban cerradas a cal y canto, y lo que era aún peor, habían sido cerradas desde el exterior, con lo que le resultaba imposible hacer saltar los cerrojos con ayuda de su espadón.

Al verse en una situación tan crítica, Jamr comenzó a inquietarse de verdad. Observó los muros: eran muy altos y sólidos, ni un pájaro habría podido sobrevolarlos. Así que se quedó allí plantado, indeciso y perplejo; sin saber por qué habían decidido cerrar la fortaleza por fuera.

Y el narrador siguió así...

En efecto, fue el *babb Abd El-Salib* el que dio la orden a sus hombres, por miedo a que Jamr hiciera saltar las cerraduras y huyese. Y visto lo que había hecho con las cadenas con sus propias manos, dudaba mucho de que pudiera detenerle cualquier cadena o cerrojo, aunque fueran más gordos que la pata de un camello.

Próximo relato de “La cabalgada de los Hijos de Isma’il” ...

15 - “El Sâleh interviene”